

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 9 DE SEPTIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.158

LELIA.—LAS RÁFAGAS DE LA PASIÓN



Después de todo cuanto se ha dicho y escrito acerca de los amantes de Venecia, ¿quedará un rincón lícito donde anidar nuestro comentario cordial a propósito de la pasión lamentable de

George Sand y Alfredo de Musset?

Sírvanme de justificación estas palabras que «El» escribe a «Ella» antes de partir para Baden: «La posteridad repetirá nuestros nombres como los de los más célebres amantes inmortales, fundidos en eterna compañía, igual que los de Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa...»

La obra del uno, recordada a menudo, nos trae a la memoria el correspondiente vestigio dejado en el alma gemela por el enlace consagrado de sus nombres: *L'intelligence écrivit nos deux chiffres sur la nouvelle écorce de l'arbre de la vie.*

Stenio

¿Qué fué «Lelia» para la recién separada esposa del brutal Dudevant? Saboreando aún la miel del triunfo de «Indiana», Aurora pensó en la reedificación de su palacio interior. Hubo en sus noches febriles de trabajo y desasosiego una confusa comezón sentimental. Y con las hebras sutiles de las preferencias imaginativas, cardadas e hiladas en la aspereza de la decepción matrimonial, marca en lo blanco y vacío del lienzo de la Incomprendida la figura endeble y sugestiva de Stenio.

Tenía de éste una noción muy imprecisa por el hecho de arder en un deseo irrefrenable de topar con él en la vida. Quebrantada y rehecha, rehabilitada ante sí misma por los elogios que mitigaban su desastre íntimo, se juzgaba con pleno derecho al momento feliz.

Una noche, cenando en casa de Lointier, y no en los Frères-Provenceaux, como se ha afirmado, se encuentra al lado de la «Señorita Byron», como se llamaba al joven de veintitrés años que acababa de publicar «La copa y los labios» — según Julio Sandeau, poeta mediocre, y superior al académico Delavigne, según Sainte-Beuve.

¿De quién partió la maligna treta de poner al rubio y frágil mancebo de frac avellana, currutaco y seductor, acariciando la dorada onda de su sien derecha y hostigando sus nacientes patillas contra el negro corbatín, junto a aque-

despreocupada, ávida de tiempo, que besaba a sus hijos entre capítulo y capítulo de novelas, y que, además, le temía como a «dandy» peligroso?

Francisco Buloz, director de la «Revue des Deux-Mondes», de la cual ambos eran colaboradores, no pudo aquella noche presumir la tragedia que se crearían la mujer de ojos negros y almendrados, vestida de negro tafetán y oprimida de azabaches—¡oh, los jazmines en los bandos rizados, estrellas de la noche de su pelo! (retrato de Charpentier)—y el disipado y tierno joven, muy dado a tallar bancas, enamorado de su juventud y de la ajena «y no estimando más vejez que la del Burdeos».

¡Ahí tienes a Stenio, páfida y curiosa divorciada Dudevant, tan incauto y sencillito como le deseaste en tu inquietud de las madrugadas afanosas, mientras emborrionabas papel para devengar cuatro mil francos en seis semanas, cubriendo treinta y dos páginas!

¡Como el Stenio que creaste, se ahogará en la desesperación que tu versatilidad y tu persecución del sentido vital han de traerle!

Mientras tanto, alegres comensales, ¡charlad y sonreíd! Sólo las arañas lloran sus lágrimas de luz.

¡Oh, 1833! ¡Oh, David y Charpentier!

La levita a la «propriétaire»

Cuando llegó a París con el afán de vivir del producto de su pluma, la malmaridada Dudevant entró en las turbulentas filas de los estudiantes del Berry. Entre ellos estaba Julio Sandeau, su primer amante, el cual fué más discreto o menos lacrimoso que los posteriores, y no dejó tras de su idilio una estela inmortal y lamentable.

El momento en que la mujer se hace más peligrosa es aquel en que siente «no ser hombre». Aquella feminista de 1832, que no tenía preciso concepto de sus as-

piraciones libertarias, que necesitaba trocar los amplios vestidos femeninos por la antiestética levita a la «propriétaire», cruzando las piernas envueltas en pantalones grises, mientras quemaba con grandes bocanadas el moreno habano; tal mujer fué quien recibió de Musset una declaración que rebosaba timidez, un testimonio gráfico, pues no osaba balbucear su pasión—¡oh, el audaz!—y confiaba su congoja a esta carta: «Querido Jorge: Tengo que decirte algo muy tonto y muy ridículo. Os lo escribo estúpidamente, en vez de habérselo dicho esta tarde al volver de paseo. Esta noche me pesará; os reiréis de mí, tomándome por un fabricante de frases. Estoy enamorado de vos...»

Lás dedicatorias de «Lelia»

¿Por qué la «Señorita Byron» estuvo tan medrosa al confesar su pasión al «buen amigo Jorge»? Recordemos que «Lelia» apareció en dos tomos. En el primero, la dedicatoria no podía ser más familiar: «A monsieur mon gamin d'Alfred.»

En el segundo, enviado al poco tiempo, y sin que en el intervalo hubiera acaecido nada nebuloso, se leían estas ceremoniosas palabras, que por su trivialidad son perfectamente traducibles:

«Al señor vizconde Alfredo de Musset, homenaje respetuoso de su devoto servidor Jorge Sand.»

Encarnizadas han sido las batallas entre sandistas y mussetistas. Muy diversas han sido las apreciaciones que acerca de la conducta de Aurora se han vertido. En lo que todos se muestran conformes, desde Sainte-Beuve hasta Doumic, Mauricio Donnay y Carlos Maurras, es en que no coqueteaba...

El duelo Planche-Capo de Feuillide

«Lelia» no apareció sin escándalo. La Prensa arremetió contra el libro, que fué considerado por muchos como inadmisibles, tanto por las opiniones en él sustentadas, como por adivinarse la traslación de una postura íntima y estridente a la trama de la novela. Pulqueria y Tremnor fueron calificados de monstruos del vicio. Magnus surgió envuelto en horror.

Sólo hubo una dulce conmiseración para Stenio, víctima candorosa y anhelante. Cuando llegaron a leer las páginas en que se arroja al agua, la sospecha de que sólo la culpa de Lelia-George Sand debía ser expiada, les hizo no contentarse con que Magna



LA DUQUESA QUE SE MURIÓ DE RISA.—DIBUJO ORIGINAL E INÉDITO, POR BUJADOS

estrangulara a la representante de la autora de la novela. Se injurió con furor, y desde muchos puntos de vista, a la obra pecaminosa de opiniones e impecable de estilo. Entre los más hostiles citamos a León Gozlan y a Capo de Feuillide. Afirmaron que, a consecuencia de «Lelia», novela de «todo y prostitución», la literatura francesa corría grave peligro. Alfredo de Musset lamentó aquellos malos tratos; mas no quiso hacer alarde de majeza, ya que corrían de boca en boca comentarios a su idilio recién comenzado con Aurora. Era discreto, enamorado de la delicadeza y, como nieto de una Salviati, cultivador de una cautela italiana irreprochable.

Pero surgió un caballero andante llamado Gustavo Planche, que, tomando la defensa de la innovadora, desafió a Capo de Feuillide. Con la caída de aquella piedra, la silueta de Musset-Narciso, que se contemplaba en el arroyuelo de la satisfacción, estuvo a punto de perder sus contornos para siempre.

Obsequiado con el más quintaesenciado de los ridículos, Musset montó en cólera, no contra Capo, sino contra Planche, dedicándole versos como estos:

«Par proprieté laissons à l'aise
mordre cet animal rampant,
en croyant frapper un serpent
n'écraisons pas une punaise!»

Nadie se explicó por qué Planche se había constituido en «majo» de la señora Sand, y todos, incluso ella, reconocieron que la había comprometido en su inflexible caballerosidad.

Don Quijote hace salidas con más frecuencia de lo que se supone. Planche se batió en duelo con Capo; pero, afortunadamente..., la sangre no enrojeció el Sena.

Stendhal

Aurora en persona fué a solicitar de la madre del poeta la venia para partir juntos a Italia. La provinciana y el ingenuo autor de los «Cuentos de España y de Italia» llevaban buena provisión de ilusiones. Temblosos de emoción, corrían al país de encanto...

En un barquito, navegando por el Ródano hacia Avignon, encontraron a un hombre gordo, de labios fruncidos y ojos negros, atrayentes, muy decididos y mordazmente ingeniosos. Iba también a Italia, no ya en luna de miel, sino en persuadido, irónico y cogitabundo. Era un cónsul que corría a encerrarse en su destierro de Civita-Vecchia, donde le aguardaban la malaria, los mosquitos, el sirocco y las gentes picajosas y desvergonzadas. Aquel hombre era Stendhal.

Fué en la ciudad de los Papas donde hubieron de sufrir la profética advertencia de que en las ciudades del país del Arte no alcanzarían dicha alguna. Si alguien buceó en la naturaleza preferentemente literaria de aquel idilio; si un hombre llegó a darse cuenta de la oposición sentimental existente entre el disipado y tierno poeta y la exaltada declamatoria e insaciable; si alguien descubrió la poca honradez pasional de los atormentados y vió en Musset a Stenio y a Lelia en Jorge Sand, fué Stendhal.

Y se rió de ellos muy donosamente, mientras les hacía reír sacándoles de sus empaques y su solemnidad. Ebrio de entusiasmo, de realidad y de vida, después de cenar se arroja sobre las botellas y las vacía bravamente, mientras el barco se desliza en el crepúsculo ambiguo. Pierde la medida. Por fin baila con sus grandes botas alrededor de los amantes, que le desprecian. Aurora fuma su pipa. Alfredo medita la mejor manera de no hacer nada en Florencia...

Sólo Stendhal pudo juzgar de antemano su error, y logró anticipar con sus

chanzas descorteses y amargas el fracaso que sobrevendría... En Italia encontrarán más penas de lo que sospechaban.

Hay que conceder a la aventura de Avignon la importancia que encierra. El buen gnomo pudo hacer desistir de su viaje fantástico a la pareja enfática e incompatible. Pero como el cuento tenía que terminar, no prestaron atención a la

rebosante enseñanza del que todo lo sentía y lo confesaba, y creyendo que era su actitud hija de la envidia y la pesadumbre que sus tiernos años dieran a su medio siglo de edad, no comprendieron a Enrique Beyle, que iba camino de Civita-Vecchia pensando en su «Cartuja de Parma»

Mauricio BACARISSE

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

Contemplación desde Fiesole

SUBÍ a Fiesole una tarde plácida, como el nombre y el recuerdo de la pequeña ciudad. Y esa fué mi despedida de Florencia. Antes de conocer Fiesole, su nombre iba indisolublemente unido, para mí, al de Fra Angélico. Me parecía ir a buscar en Fiesole la definitiva compensación de la Florencia bárbara. Quería coronar mis jornadas de activa y febril excursión florentina con una hora de contemplación crepuscular, desde la altura fiesolana.

Pero Fiesole no ofrece únicamente un panorama del valle florentino; ofrece también una visión concentrada de historia. A un lado están sus ruinas etruscas y romanas; la Catedral preside su caserío, con la pureza toscana de su estructura; su antiguo Capitolio se erigió en otra altura superior; y hoy le sustituye un convento franciscano. Y para completar esa unión de valores representativos, el inevitable monumento a Víctor Manuel y Garibaldi junta sus dos formas ecuestres. Sólo el Renacimiento, en su plenitud, falta en ese coro.

Me senté en el mirador situado frente a la iglesia de San Alejandro. El convento franciscano abría, tras de mí, la hospitalidad de su gracioso claustro. Algo fatigado de mis días florentinos, embriagado por el desfile fugaz de tantas visiones, absorbidas precipitadamente, me parecía sentarme en aquella miranda como el viajero sediento al borde del manantial. ¿Por qué no había de aparecer allí la divina forma de Beatriz, reencarnando a Rebeca, y ofreciendo el frescor de un ánfora para mis labios, secos de fiebre y de fatiga?

El convento de franciscanos... Fiesole... Por fin se mostraban juntas esas dos íntimas consonancias históricas, que en la persona de Fra Angélico aparecían desvirtuadas por el hábito dominicano del pintor. El paisaje descubría así su verdadera coordinación interna: era el paisaje franciscano, la forma cristiana del panteísmo, la filiación de todas las cosas en una sola divinidad, fraternalmente con el hombre. De las cercanas excavaciones ya no subía ni una humareda de sacrificio inextinto. Aquí los dioses habían muerto ya, y la gran voz del Renacimiento no los había hecho resurgir. Las formas naturales no eran ya divinas, porque ya eran humanas, con una hermandad que acaricia las sienes del contemplador, como una mano que le enjuga los sudores del cansancio y le prepare un lecho de hojarasca donde pueda reposar.

Allá, muy abajo, el Arno serpenteaba en torno a Florencia; y sus aguas sugerían una vitalidad de arteria. La curva grácil de las colinas había perdido

los valores simbólicos de divinidad femenil, y la sentíamos respirar como un pecho anhelante, como una oferente castísima. Los cipreses, unidos en grupos, inmóviles bajo la paz de la hora mística, recobraban su dulce emblema suplicante, como torres en éxtasis. Los senderos que bajaban entre las arboledas tenían la misma candidez que en los retablos primitivos. Si en los claustros de San Marcos habíamos visto la sugestión arquitectural que sirvió a Fra Angélico para escenario de sus Anunciaciões, aquí encontrábamos la sugestión natural de sus últimos términos, la inarmonía graciosa entre sus temas de martirio y sus paisajes infantiles y adorantes. El sol, que se ponía allá en el curso descendente del río, había depuesto su orgullo de dios; y era, al fin, el Hermano Sol, obra de la mano invisible, antorcha encendida para alumbrar nuestros caminos por la ignorada ruta...

Yo pensé: Pocos lugares ofrecerán, con la intensidad de éste, la valoración sucesiva con que los hombres han mirado la Naturaleza. Allá descubrió el solar de las ruinas etruscas y romanas; es un recuerdo de la visión pagánica. Por ella, la Naturaleza fué exaltada hasta su esencia divina. Los dioses palpitaron en las apariencias visibles de los montes y las aguas, de los bosques y las cosechas, de los astros y el fuego. Cada fontana fué el refugio de una divinidad, fatal o benéfica. El hombre convivía con ellos en una relación filial, e indagaba los augurios por la casualidad impenetrable de los fenómenos, como tanteando con mano de ciego las tinieblas del camino... Fué el momento de la adoración; cada piedra tuvo su valor de altar, y el fuego de las ofrendas fué un vínculo entre hombre y Naturaleza, por la cual los elementos naturales sirvieron el tributo de sus formas visibles a la forma invisible de su divinidad, reservada a la adivinación de los artistas.

Aquí, en cambio, junto al sitio en que descanso, el alma de Francisco ha suscitado una comunidad de discípulos; y todavía comunica a ese panorama el sentido nuevo que infundió en la Naturaleza. Ya no se trata de adoración natural, sino de contemplación. Contemplación de todas las cosas en su Creador. Toda una actividad desconocida en su esencia sagrada, la Contemplación, ha brotado de ese fervor. Su divina semilla está en los Evangelios: es el espíritu de María, la hermana de Lázaro, por oposición al de Marta, que es la vieja actividad, interesada y utilitaria. Sobre esta altura toscana se cierne otro nombre plácido y sugerente: Bethania.

No son ya divinas las cosas; sino humanas. El hombre ya no se siente supeditado a ellas; sino hermano de ellas, sujeto con ellas a una misma mano paternal. Suena la humilde campana del convento: es la voz que entonan, con el hombre, las cosas visibles: Padre nuestro... Hermanos cipreses, hermanas colinas, hermanos vericuetos bajo los laureles que ya no coronan dioses ni emperadores; hermanas viñas, cuyas vendimias no llenarán la copa trágica de Dionysos, sino el cáliz eucarístico; hermanos trigales para la blancura de las hostias, y no para las sienes de Deméter; hermanas fuentes que llenarán las piscinas para la salutación, y no acogerán el baño de las ninfas; hermanos olivos para el aceite de los crismas y las lámparas, y no para el símbolo de Atenea; hermanos robles para la madera de los tabernáculos, y no para el tirso de las bacantes; hermano Sol, en fin, que tiendes tu guedeja apolínea para que la rocíe el bautismo del Poverello... Así he logrado también percibir el valle florentino, desde Fiesole, para acordar mi espíritu con el sentido de ese nuevo Capitolio cristiano.—Y ¿no te cernías sobre tu Florencia, magno recuerdo de Alighieri? Sí, pero no era para rememorar los círculos de tu *Inferno*, ávidos y sin vida, huérfanos de verdor y de gorjeo; era para recordar tu *Vita Nova*, máximo esfuerzo del impetu contemplativo. Yo no sé si en alguna de esas hondonadas estuvo la quinta de placer en que el cortejo alegre del *Decamerón* vino a olvidar la plaga de su Ciudad, y el azote divino que con ella la flagelaba; pero ninguna forma del amor carnal se superpone a la visión de Fiesole, en esta hora en que el sol desciende como prosternándose, y la campana se prepara a recordar el divino tema del Angélico, repitiendo las palabras de la Anunciación, ungidas por la misma piedad con que las moduló Carducci ante la iglesia de Polenta, *dove pregó Dante*...

¡Qué lejos queda la memoria odiosa de los *condottieri*, y la argucia mordiente de Maquiavelo! ¡Qué lejos queda también el propio empuje de Miguel Angel, embriagado a través del Antiguo Testamento, sin capacidad de compenetración evangélica!

En un rincón de ese valle, un artista germano, Böcklin, abrevó su inspiración. Y ¿no inflama precisamente la obra de Böcklin una interna lucha entre la rudeza nativa, visiblemente *walkyriana*, y una voluntad de adaptación florentina? Nunca el mito de Tannhauser habrá tenido encarnación más típica. El pintor, en su refugio toscano, entre Fiesole y Florencia, sentía bajar sobre su volubilidad clásica la paz de esas alturas y el ansia de las primitivas contemplaciones...

Al despedirme de Fiesole, quise mirar su paisaje, por una sola vez, con ojos acomodados al tercer valor con que la Naturaleza se ha mostrado a los hombres: después de la visión pagana y de la cristiana, la visión propiamente naturalista, en que la Naturaleza no es ya divina ni humana, sino con valor propio, belleza independiente de toda ulterioridad. Después de la adoración y de la contemplación, la admiración. Si queréis, la Naturaleza ha recobrado en cierto modo su divinidad, pero no la de los viejos dioses, sino la de sí propia; la Naturaleza naturante, retorno de las primitivas cosmogonías.—Pero el paisaje extendido a los pies de Fiesole, crismado por el Angélico y coronado por su paradójico Capitolio franciscano, no pudo tener, para mí, otro valor que el de una nueva y dulcísima Bethania...

Gabriel ALOMAR

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

EN LA REGIÓN DE LOS ONAS

LAS TRAGEDIAS DE LA TIERRA Y DEL ORO...

El navegante Coole, cuando cruzó el Estrecho de Magallanes y costó la isla del Sur, erizada de peñascales y envuelta en brumas, coronadas sus montañas de nieves, bramando la tempestad frecuentemente con desatada furia que no se iguala en ningún otro lugar del globo, durante noches invernales que duran diez y siete horas y días veraniegos en los que la máxima temperatura llega pocas veces a dos grados sobre cero, escribió que no era aquella la Tierra del Fuego, como la llamaron sus descubridores, sino la *Tierra de la Amargura*. Condenó con esta frase a aquellas rocas a siglos de desolación y abandono. Fué preciso que llegara a ellas el explorador italiano Bove y proclamara las bellezas imponderables y las riquezas asombrosas de Tierra del Fuego para que la codicia humana y el espíritu de aventuras incitaran, no ya, a los europeos, sino a los mismos argentinos y chilenos, a buscar tesoros en el archipiélago desconocido. «... Majestuosas montañas—escribía Bove—, cubiertas de eterna nieve, inmensos hielos, ruidosas cascadas, bosques espesos y siempre verdes, grandes despeñaderos y lozanos valles, dan a aquella tierra un aspecto más admirable, variado y pintoresco que las más renombradas tierras alpinas.»

Comenzó entonces allí la tragedia de la tierra. Los Gobiernos argentino y chileno, que comparten la soberanía del archipiélago, hicieron concesiones a estancieros, que trasladaron a aquellos fértiles valles manadas de ovejas para que se multiplicaran incontables. La Tierra del Fuego no estaba desierta; dos razas indígenas poblaban las costas: los alcalufes y los yaganes; otra indiada, la de los onas, habitaba en el interior, en las praderas de verdor perpetuo y en los bosques que arribaban hacia las cumbres nevadas.

Los alcalufes y los yaganes eran hábiles navegantes y pescadores. Bastábales un tronco de árbol para lanzarse al mar en persecución de las focas de diversas especies—lobos, puercos y elefantes marinos—y de las ballenas que pueblan las aguas antárticas... Así, importábales poco ver llegar a los blancos con sus rediles e internarse en las tierras que creían suyas los onas, desde los remotos tiempos de los dominadores Incas.

Al comienzo, los onas fueron retrocediendo ante la invasión y refugiándose en las selvas de la montaña. Con las praderas verdes los recién llegados trazaban cercas, alzaban vallados, construían casas y estancias. Ante ellos huían también los animales que servían de sustento al ona, y le daban pieles para su abrigo, y huesos para sus armas, y herramientas. Pero aquellos animales, singularmente el guanaco, perseguidos, acorralados, cazados sin piedad, comenzaron a decrecer y extinguirse. Un día el ona tuvo hambre, y aguardó la hora de las sombras, y salió de su escondite, y bajó al llano, y asaltó la estancia del blanco invasor, y robó ovejas, y gustó aquella carne tierna, que él no conocía.

El blanco, viéndose robado, no recordando que aquellas praderas verdes habían sido entregadas por la Providen-



PINGÜINOS SORPRENDIDOS ENTRE LAS OLAS Y EL OBJETIVO

acechaba al colono, rastreaba entre las hierbas como un reptil, se escondía en las copas de los árboles, se acurrucaba en medio de los ganados mismos, y al menor descuido saltaba como un felino sobre su presa descuidada, le asesinaba

avanzan fieras sobre la playa y acometen a los acantilados, centenares de metros tierra adentro, y los descuajan y despedazan y arrastran en la turbulencia de sus espumas. Bloques de muchas toneladas son traídos y llevados como débiles maderos, y dunas enteras son alzadas por el oleaje y dejadas caer luego con espantable estrépito.

Cuando el huracán se aquietta y el furor del Océano se aplaca, y las aguas, tornadas a mansedumbre, se van retirando, la costa de acantilados y las playas de las ensenadas y ancones aparecen mudadas como por artes de prodigioso encantamiento. Entonces, los indígenas fueguinos, los alcalufes y yaganes costeros, corren, enloquecidos, a la orilla, y escarban en las nuevas arenas que el mar ha traído, y van recogiendo diminutos rubies, como gotas de sangre, y partículas de oro y de platino.

Cuando los empleados y obreros de las factorías madereras observaron aquel espectáculo y vieron aquella riqueza en manos de los indios, quisieron acotar la playa, como antes se habían apoderado de la pradera y del bosque. Fué una guerra más dura, más cruel, más enconada que la de los onas. El blanco no temió a la tempestad. Al amparo de los peñascales estableció lavaderos de oro y encauzó hacia ellos los ríos que necesitaba para que las arenas decantaran sus riquezas. Cada noche los indios asaltaban las factorías, entraban en los cotos y se llevaban las arenas e impedían salir a los colonos. Los blancos, por su parte, fusilaban sin piedad todo indígena que encontraban.

Entonces surgió la ciudad, Ushuaia, en una bien defendida bahía del canal de La Beagle, al amparo de los montes Martiales. El presidio militar argentino, que estaba más al Sur todavía, más cerca del Polo aún, en la horrenda isla de los Estados, donde sólo viven las focas y los pingüinos, fué trasladado a la nueva urbe; se trazaron unas cuantas calles, se edificó la casa de la Gobernación y la de la Prefectura marítima; se alzó una iglesia, y a pocos años llegaron unos ingenieros, captaron en un despeñadero la corriente que emergía de las nieves eternas de las cumbres, instalaron unas turbinas, tendieron unos cables y, llegada la noche, la ciudad nueva se iluminó con luz eléctrica... Y en las noches invernales de diez y siete horas, los faros de la costa y los fulgores de la ciudad figen sobre las olas del inquieto mar Antártico, en soledad angustiosa, aquellas mismas llamaradas de las hogueras indias, que Magallanes tomara por volcanes y que la incitaran a bautizar aquellos peñascales abruptos con el nombre de Tierra del Fuego...

MINIMO ESPAÑOL



EFFECTO DE LUZ EN EL CANAL DE LA BEAGLE

cía a otras manos, montó en ira y persiguió al ona hasta su guarida montañosa. Y la lucha desigual ha durado siglos. El blanco disponía de escopetas, de armas cortantes de templado acero... El ona, de su astucia. Durante días y días

y prendía fuego a la estancia. Una Misión salesiana quiso poner paz en aquella lucha fiera que se desarrollaba en la tierra más austral del mundo, y se estableció en Río Grande, y atrajo a los indios, y les edificó caseríos en que vivieran, y les confió la guarda de rediles, y les enseñó a labrar la tierra, y les habló de un Dios de caridad y de justicia... Y al amparo de esta tregua otros colonos blancos llegaron, no con ganados nuevos, sino con máquinas y ferreñas, y establecieron en los bosques inmensos, donde los rayos del sol pálido no entraban, aserraderos de madera, que fueron atrayendo a los onas y dándoles trabajo y pagándoles en dineros, en telas y en víveres gratos al paladar, que ellos no conocían...

Pero entonces, más cruel y más fiera, surgió la lucha del oro. Allá en las playas del Sur, a la entrada del canal de La Beagle, bautizado con este nombre en memoria del navío inglés que en 1826 condujo hasta a aquellas costas al naturalista Darwin, la tempestad, cuando se desata, alcanza la grandeza de las más espantables conmociones geológicas que haya conocido nuestro viejo planeta. Sorprendidos por ella muchos probados marinos, ensordecieron al fragor de los truenos, o cegaron al fulgor de los relámpagos, o murieron de terror. Las olas



EN EL CANAL DE LA BEAGLE.—TRAS LA CIUDAD LOS MONTES MARTIALES



EL VELO DE ORO



CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

ALLÁ, en la cima de una montaña muy alta y fría, había un extraño y viejo castillo de oro, donde vivía una bruja, casi tan vieja como el castillo y no menos extraña.

Karafoska—así se llamaba la vieja—se pasaba los días sentada ante su rueca de oro—todo lo que había en aquel castillo era de oro—hilando un hilo con el cual tejía velos de oro para desposadas; porque de oro eran también los velos que las doncellas de aquel país se ponían el día de la boda.

Y mientras los dedos ágiles y huesudos de la hilandera manejaban la rueca, su boca desdentada murmuraba palabras misteriosas: eran sortilegios terribles, por medio de los cuales atraía innumerables desdichas y sufrimientos a las inocentes jóvenes que habían de usar los velos.

Rodeaba a la siniestra hilandera un ejército de horribles gnomos vestidos de rojo, que le traían, de las entrañas de la tierra, montones prodigiosos de oro y provisiones inagotables de enormes piedras preciosas.

Fridaluz, la hija de la bruja, era una niña muy bella, muy pálida y muy buena. Pena le daba ver que su madre, mientras tejía velos de oro, tejía desdichas para las desposadas, sus maridos y sus hijos.

Pero un día en que la vieja se hallaba muy ocupada en recibir de manos de sus gnomos una nueva provisión de metal y pedrerías, la niña vió la rueca abandonada; entonces se acercó y se puso a hilar, y mientras hilaba sus labios frescos murmuraban toda suerte de buenos deseos y halagüeñas promesas de dichas y venturas.

Cuando la vieja Karafoska acudió, vió un velo terminado y lo comprendió todo; no lo rompió porque ella sabía que los velos y los destinos tejidos en su rueca encantada no pueden destruirse; pero se puso hecha una fiera; arrojó el velo a un cesto, confundiendo con los otros, los suyos, los malditos, y gritó a su hija:

—En castigo a tu desobediencia, no saldrás ya nunca de aquí.

A Fridaluz no le gustaba el castillo de oro fantástico y colosal, ni la alta montaña helada.

Sin embargo, sentía un terror espantoso ante la idea de alejarse de aquellos lugares, porque ella sabía—por lo menos así se le repetía constantemente su madre—que fuera del castillo de oro, al pie de la montaña de nieve, viven unos seres monstruosos, mucho más feos que los gnomos, mucho más malos que las brujas, siempre dispuestos a matar a las niñas buenas y bellas: estos seres monstruosos son los hombres.

Y he aquí que un día, a fines del invierno, Fridaluz había salido del castillo—¡oh!, pero sin alejarse más que unos pasos—a coger las florecillas tempranas que asomaban sus tiernas cabecitas entre la escarcha medio derretida, cuando, de pronto, lanzó un grito de sorpresa y dejó caer las flores que ya tenía recogidas en su delantal de oro, anudado al talle con cintas de brillantes; junto a ella, un sér maravilloso de hermosura, montado en un animal soberbio y vestido de raso blanco, la contemplaba con una dulzura que nunca había visto ella en la mirada de la vieja Karafos-

ka ni en las de los gnomos diabólicos.

—¿Quién eres?—preguntó Fridaluz con curiosidad.

—Soy el hijo del rey—contestó el desconocido.

—¿Eres un hombre?—exclamó la niña, aterrada—. ¿Entonces eres malo y vienes a matarme. Y murmuró: —Sin embargo, no eres feo.

—Ni malo — declaró el príncipe, sonriendo.

Fridaluz abrió ojos inmensos e interrogó aún temerosa:

—Os presento a la que he elegido por esposa.

Y era tan bella Fridaluz, que nadie protestó; el rey le besó la punta de sus dedos de azucena y la reina la estrechó sobre su corazón, mientras las damas de la corte exclamaban con deslumbramiento, extasiadas:

—¿Cuánto oro! ¡Cuántas alhajas! ¡Qué maravillosas pedrerías!

—¿Os gustan? — preguntó Fridaluz, asombrada—. ¡Si no valen nada! En el palacio de mi madre las hay a monto-

y sumisa siempre, dió un salto y gritó con horror:

—¡Eso, nunca! ¡Eso, nunca! ¡Queréis hacerme desgraciada! ¡Queréis atraer el sufrimiento sobre mi marido y mis hijos!

El príncipe vino a tiempo para calmarla, para enterarse de las causas del arrebato, y, llorando, Fridaluz explicó cómo los velos de las desposadas están tejidos con sortilegios terribles y cómo entre todos ellos solamente hay uno, aquel que ella tejía, hilado con buenos deseos y promesas de felicidad.

Pero el rey, al oír este relato, exclamó:

—Es imposible que la princesa deje de llevar el día de su boda el velo de oro de las desposadas; sería faltar a la tradición; el pueblo se amotinaria.

Y la reina murmuró:

—Es imposible atraer sobre nuestros hijos el sufrimiento y la desgracia.

Y declaró el príncipe:

—Yo subiré por segunda vez a la montaña de nieve, entraré en el castillo de oro y buscaré el velo que ha de darnos la felicidad.

—¡No vayas! — gritó Fridaluz—. ¡Mi madre te mataría!

Pero el príncipe era valiente y testarudo. Sin montar siquiera en su brioso corcel, partió.

En la cima de la montaña helada, ante el extraño y viejo castillo, no había esta vez una linda y pálida joven cogiendo florecillas tempranas, sino una vieja horrorosa, que gritó al verle:

—¡Ah, miserable! Me robaste mi hija y ahora vienes en busca de mis tesoros. ¡Pues tómalos, te los regalo!

Y lanzando una carcajada estridente le arrojó pedrerías a puñados, y al caer las piedras preciosas se transformaban en copos de nieve y en granizo; y tantos había, que fueron cubriendo al joven con una capa densa y helada, y cuando estuvo enterrado bajo el sudario blanco, aún siguió la vieja arrojando pedrerías embrujadas sobre su cuerpo.

Sólo se detuvo al ver acercarse a su hija, a Fridaluz, más pálida que nunca, que venía en busca de su esposo.

—¿A qué vienes?—rugió la vieja, furiosa—. ¡Me dejaste sola y hoy que vuelves no es a mí a quien buscas!

Pero Fridaluz no la oía; ya con sus uñas había desenterrado el cuerpo del príncipe, y lanzando un grito tan desesperado que la montaña entera, apiadada, lo repitió, cayó muerta de pena junto a él.

Desde entonces ha transcurrido mucho tiempo; pero aún hoy la vieja Karafoska sigue hilando en su rueca y tejendo con sus hilos de oro velos para las desposadas, velos embrujados que llevan consigo la desdicha y el sufrimiento.

Esto lo saben todas las jóvenes del mundo, y sin embargo ninguna siente temor al prender sobre sus cabellos el velo fatal el día de su boda.

Y es que todas saben también que entre los velos tejidos por la bruja existe uno privilegiado que da la felicidad, y todas, sin excepción, abrigán, al casarse, la ilusión de que su velo es precisamente aquel cuyos hilos de oro hiló con sus manos de azucena la bella, buena y valida princesa Fridaluz.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



—¿Y ese animal no me devorará?

—¡Al contrario! Si quieres te llevará en su lomo.

Y como Fridaluz le mirase ya sin miedo, el príncipe la cogió suavemente, la instaló a la grupa de su caballo y, ¡hop!, ¡hop!, partió al galope y fué a detenerse lejos, muy lejos de la montaña, en una hermosa ciudad, ante un palacio que no era de oro, sino de mármol rosa y piedra blanca.

El príncipe se apeó, ofreció su mano a Fridaluz, y entró en una sala inmensa y llena de caballeros hermosos y damas elegantes, y fué a inclinarse ante el trono del rey—un señor de barba venerable—y de la reina—una señora de pelo gris y mirada grave—, y dijo:

nes; se las traen sus gnomos de las entrañas de la tierra.

Desprendió su diadema de rubíes, sus collares de brillantes y sus pulseras de esmeraldas, encantada al sentirse libre del peso de aquellos estorbos, y los fué repartiendo entre las damas.

Pero el soberano frunció el entrecejo y murmuró:

—¡Tiembra, hijo mío! Tu novia tiene por madre a la terrible dueña del castillo de oro. ¡Mala suegra vas a tener!

Y llegó el día de la boda. Con sus propias augustas manos la reina quiso prender en la rubia cabellera de su nueva el velo de oro de las desposadas; pero entonces ocurrió una cosa insólita, y fué que la nueva princesa, tan dulce

EL «CORSARIO»

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JOSE LÓPEZ RUBIO

I

HABÍA sido cazado con la indigna falacia de una trampa mal disimulada entre ramajes y troncos. El león había caído allí de la manera más ingenua del mundo, cuando, después de la comida, paseaba por la selva, con el alma llena de un dulce optimismo, de una completa y feliz tranquilidad de su conciencia panteísta.

La selva estaba llena de un silencio pegajoso de siesta. Algún pájaro, con plumaje de sombrero de señora, al cruzar de un árbol a otro lanzaba un silbido; pero la selva le imponía silencio con un susurro murmullo de hojas.

El león caminaba despaciosamente, un poco amodorrado, a buscar un espacio de sol para tumbarse. El sol de la selva, tanizado por el ramaje, un puzzle de sol sin resolver, no podía agradarle. Necesitaba un buen espacio para tomar un baño de sol, no una ducha. Un león tomando ese sol de vidriera, formado por claroscuros y tonalidades, acabaría por volverse pantera, sin querer.

Cuando quiso darse cuenta, se sintió tan desagradablemente agarrado de una pata trasera, que no podía dar hacia adelante más de dos pasos dolorosísimos.

Se sentó y, derramando una lágrima, consideró lo efímero de las dichas terrenales. Después se acordó de su familia, que aquella noche se impacientaría por su tardanza y se alarmaría luego, saliendo de la madriguera en infructuosa búsqueda.

—Me separarán de ellos—se dijo—, y cuando sea el hombre quien haya colocado este cepo, me verá obligado a vivir con el hombre... ¿Qué es el hombre? ¿Para qué sirve el hombre?—se preguntó un poco perplejo.

La filosofía del león comenzaba en el mismo punto que la filosofía del hombre, visto, además, de un modo objetivo y desapasionado.

II

Vinieron a buscarle, cuando caía la tarde, unos indígenas y unos hombres con polainas y tocados de salakoff, que le ataron con unas cuerdas cuidadosamente y, ya asegurados de todo peligro, abrieron el cepo.

El león se creyó en el caso de rugir, como hacía en idéntica ocasión todo león que se estimase en algo; pero acabó por bostezar disimuladamente.

En buena lógica aún no había razón para ponerse de malas con aquellos señores. Lo acababan de libertar de un doloroso suplicio y quizá vinieran a resolverle de un modo definitivo la vida, antes azarosa y llena de imprevisiones.

A los dos días, con la pata vendada cuidadosamente, se encontró encerrado en una jaula, en el camarote de un piróscabo italiano, el «Benedetto», y navegando por aguas del Océano Índico.

Respecto a su futura suerte ya tenía noticias bastante concretas. Iba destinado a un parque zoológico alemán por la Casa Howard Co., exportadora de fieras vivas y disecadas (Londres, Calcuta, Grahamstown).

La travesía era felicísima; pero el león, bautizado con el nombre de «Corsario», languidecía en el fondo de un oscuro camarote, sin ver el sol más que por una rendija y sin aire ni ventilación.

El, el rey de la selva sudafricana, no podía soportar aquel encierro ignominioso. Protestó al principio, sin que nadie le hiciese caso, y concluyó por caer en una neurastenia tan terrible, que mister James Grimsby, encargado de Howard Co., llegó a tener miedo por la vida del «Corsario», estupendo ejemplar que la Casa había valorado en doscientas cincuenta libras esterlinas.

Mientras los facultativos de a bordo reconocían al paciente y celebraban sus consultas, mister Grimsby tuvo una lar-

rio volvió bien pronto a recobrar su natural contento. Los viajeros, aburridos por la duración de la travesía, sin vislumbres de tierra cercana, encontraron un motivo de honesta distracción en guardar un trozo de «rosbif» del almuerzo para echárselo al león, desde cubierta, asomados a la borda.

Diariamente se repetía dos veces este espectáculo. El animal mejoraba a ojos vistas, y dedicaba toda clase de honores a los obsequios de los pasajeros. Empezó a echar su poquito de tripa y cambió

ró notablemente, tanto que mister Grimsby acordó desembarcar en Gibraltar para emprender su regreso a El Cabo, confiado en esta definitiva instalación del precioso ejemplar.

Con el encargado de la Howard Co. perdió el «Corsario» un padrino cariñoso, que se desvelaba por dedicarle sus atentísimos cuidados y hasta por adivinarle sus menores deseos.

Cambió este amable trato por una mediana atención y un relativo retraso de la hora de las comidas, al tiempo que una notoria disminución de la cantidad de alimentos.

Los pasajeros, aburridos ya de la distracción de echarle de comer durante más de veinte días, trocaron sus amabilidades por una glacial indiferencia.

Influyó esto en las ideas del león, que se volvieron francamente disolventes y libertarias.

Una tarde, en fin, cerca de Madera, el Atlántico jugó excesivamente con el piróscabo, abusando de su fuerza. Una horrosa tempestad lo puso en peligro de naufragar. En tan amargo trance, mientras unos impetraban la protección del cielo y otros buscaban sus salvavidas, en espantosa confusión, nadie se ocupó de dar de comer al pobre león.

Las olas barrián la cubierta, llevándose algún marinero imprudente. El cielo, entoldado de gris oscuro, lanzaba torrentes de lluvia, mientras el mar confeccionaba alguna tromba, imponente y amenazadora, que bailaba por el agua como una peonza.

III

Renació la calma. Bajo una noche estrellada y tranquila, el «Corsario» sintió hambre y se paseó por la jaula bastante preocupado.

Es una cosa terrible eso de tener hambre. Las tripas se encogen y le asaltan a uno toda clase de ideas turbulentas. La ley no exige la menor responsabilidad al delito de un hambriento. Menos cuentas pueden exigirse a un animal que tiene hambre, por muy dado a la filosofía que sea, como el «Corsario», sabido que el hambre es mala consejera.

Cuando, a la mañana siguiente, un marinero se acercó con un trozo de carne cruda ensartado en un palo, el júbilo y la alegría del desmayado «Corsario» fueron indescriptibles. Se abalanzó sobre los barrotes de la jaula, en vehementes zarpazos, sin darse cuenta de que los hierros cedían a sus impulsos y que, de pronto, se encontraba en una libertad fortuita.

Antes de meditar sobre el nuevo estado que le deparaba la fortuna, lo primero que hizo fué comerse el pedazo de carne, el palo y el marinero.

Después salió sobre cubierta y se comió a dos pasajeros de segunda.

La natural alarma cundió por el piróscabo. La gente corría, sin saber de dónde podría venir el peligro, pues el «Corsario» recorría la nave en desoladora carnicería.

Al entrar el león en la sala de música, un oficial inglés, con asombrosa serenidad, sacó su revólver.

El capitán del piróscabo, desde debajo de una butaca de mimbrés, le gritó:

—¡No haga usted eso! ¡Eh! ¡No disparé! El león está asegurado por trescientas libras en la Casa armadora de este transatlántico. Usted no puede causar tan grave perjuicio a la Compañía...



ga entrevista con el capitán del piróscabo.

Era de inmediata necesidad que el «Corsario» tuviese una vivienda mejor acondicionada, al sol y al aire puro del mar, como los doctores aconsejaban.

Y puesto que la Casa Howard Co. pagaba una crecida cantidad por el pasaje de la fiera, no podía dejársela morir de «spleen» en una prisión sombría.

De esta entrevista y de otras posteriormente celebradas entre el capitán y el resto de la oficialidad, resultó el acuerdo de trasladar la jaula del león, con las debidas precauciones, a cubierta, y desde allí, con una grúa, colgarlo de una viga de hierro sobre el estribor del buque, igual que se cuelgan de los balcones las jaulas de los canarios.

Los resultados de este cambio fueron maravillosos en un principio. El «Corsa-

rio» volvió bien pronto a recobrar su natural contento. Los viajeros, aburridos por la duración de la travesía, sin vislumbres de tierra cercana, encontraron un motivo de honesta distracción en guardar un trozo de «rosbif» del almuerzo para echárselo al león, desde cubierta, asomados a la borda.

Diariamente se repetía dos veces este espectáculo. El animal mejoraba a ojos vistas, y dedicaba toda clase de honores a los obsequios de los pasajeros. Empezó a echar su poquito de tripa y cambió sus ideas de bohemio despreocupado por otras de león de orden y conservador.

Pero he aquí que, a causa de estar suspendido en su jaula, sobre el agua, durante todo el día y toda la noche, empezó a sentir un fuerte reuma, primero, en una pata, y después, en las cuatro y en la cola. La pobre fiera se pasaba el día en un ¡ay!, que excitaba la compasión del menos humanitario. Un pastor escocés, de la Protectora de Animales, probó a echar en el trozo de carne con que diariamente le obsequiaba una fuerte dosis de salicilatos; pero el león, encontrando amarga la vianda, no se resolvía a hincarle el diente.

Nuevas conferencias y nuevas consultas decidieron quitar de allí al león y dejarlo sobre cubierta, al sol y al aire, pero cerca de una chimenea.

Con este traslado el «Corsario» mejo-

—Pero ¡si se ha comido ya a siete pasajeros y a un grumete!

—¡No importa! Los intereses que se encomiendan al capitán de un barco son sagrados. Además, el marino no debe amilanarse ante un peligro que se presente en la travesía.

—Observe, mi querido capitán, que no se trata de uno de los peligros inherentes a la navegación. No se trata de una tormenta, ni de una explosión, ni de un choque, ni de una mina, ni de un banco, ni siquiera de un simple naufragio, sino de un caso tan insólito en la historia de la marina mercante como es el de un león salvaje en libertad.

—¡Ah! ¿Qué quiere usted decir? ¿Desde el momento en que se produce en alta mar y en una embarcación que está bajo mi mando, se trata de un peligro que debo atender, sin dejar por esto de procurar no causar perjuicios a mis superiores.

—¡Capitán, hay doce bajas más!

—¡Ah! ¿Luego se trata de un grave peligro para las vidas de los pasajeros? Ante ese peligro la oficialidad y la marinería no deben permanecer cruzadas de brazos, sino perecer los primeros, como ordena el más elemental código de Marina. Conozco mi deber. Soy un hombre de honor. Si sobreviviera me tendría que pegar un tiro. ¡A ver! ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Artículo 134 del reglamento!

Aumentó la confusión y el griterío. Sonó una sirena, con su pesado mosconeó. Las antenas de la telegrafía sin hilos lanzaron a las ondas este parte:

«Peligro. León a bordo!»

La oficialidad salió al puente con sus chalecos salvavidas. (Artículo 134 del reglamento, párrafo 2.º)

El león se comió a la oficialidad.

Los pasajeros, en medio de un desconcierto espantoso, discordaron en sus intentos de salvación. Unos se tiraron al agua en botes; otros, los más, se tiraron al agua sin botes. Algunos sucumbieron en la refriega. Otros, por último, resistieron al león, encerrados en los camarotes, hasta perecer.

A los dos días, el «Corsario» era dueño absoluto del piróscapo «Benedetto», de proa a popa, y se paseaba sobre cubierta meditando de nuevo sobre lo anormal de su existencia.

IV

En el fondo estaba un poco arrepentido de sus excesos. Hubiera deseado conservar un cocinero, el timonel y un par de fogoneros, por lo menos, para poder continuar tranquilamente la travesía. Pero, sin duda, estos valiosos elementos se habían confundido en la general devastación y el «Corsario» no había podido distinguirlas.

Muy claramente se presentaban todos los perjuicios de su irreflexivo proceder. Los hornos se apagaban, el piróscapo perdía marcha y, sobre todo, carecía de dirección y gobierno. El día que el «Corsario» diese fin a las provisiones del barco se moriría de hambre irremisiblemente, juguete de las olas y perdido en el Océano.

—¡Esto no puede continuar así!—se dijo—. Yo soy un león consciente. A vivir con esperanza tan horrible preferiría pegarme un tiro. Yo he privado de su tripulación al «Benedetto» en un rapto de ofuscación; tengo, pues, el natural deber de sustituirla, sea como sea. Esto puede, además, servirme de distracción. Al piano del salón de música de primera le faltan doce teclas que le rompí ayer, y empieza a aburrirme. ¿Será verdad que la música amansa a las fieras? Yo creo que del mismo modo que el cloroformo. Esta vida de holganza puede resultarme perjudicialísima. ¡Hay que trabajar!

De acuerdo con su propósito, comenzó a hacer una vida llena de actividad. Bajó a los hornos, en los que aún rescolaba el fuego de tres días antes, y echó paletadas de carbón por sus bocas.

Al cabo de unos diez minutos, una columna de humo negro salió por la chimenea, coronando su primer esfuerzo. El piróscapo marchó a una velocidad prudente. El león comenzaba a regenerarse.

Después, barrió toda la cubierta y limpió los camarotes. Subió al timón, imprimiendo al piróscapo un decidido rumbo Norte. Se multiplicó luego en todas las faenas de la navegación para acabar en un descanso muy merecido sobre una «chaise longue», leyendo una obra de Marden, después de haberse obsequiado con un delicioso banquete de carnes crudas.

Pasó seis días de verdadero tráfago. Se sentía obligado, en conciencia, a desempeñar todas las funciones de a bordo, desde la de dictar órdenes sobre el puente, a la de hacer las camas de las literas. Lo mismo se ponía la gorra galoneada del capitán, que el gorro de piqué blanco del cocinero. A 54º latitud Norte, cerca de Heligoland, radiotelegrafió al puerto de Hamburgo, considerando terminada la travesía:

«Piróscapo italiano «Benedetto» pide autorización entrar puerto Hamburgo.»

Fué contestado, poco después:

«Puerto libre. Circularon noticias terrible mortandad tripulación y pasaje en alta mar.»

El «Corsario» meditó largo rato, no atreviéndose a acercarse a tierra a costa de una superchería. Radiotelegrafió nuevamente, en un arranque de honradez:

«Tripulación y pasaje, devorados por león «Corsario», destinado Jardín Zoológico Bremen; héchase dueño embarcación.»

Esta noticia debió de conmover hondamente a las autoridades del puerto, que contestaron:

«Puerto Hamburgo no puede admitir en sus muelles «Corsario», causante de tantas víctimas y ajeno elementalísimas nociones derecho natural e internacional.»

El león, ante esta dura repulsa, derramó algunas lágrimas de sincero arrepentimiento.

V

La noticia de la extraña suerte del «Benedetto» debió de causar sensación en el mundo entero.

Durante quince días el piróscapo recibió en sus antenas centenares de «radios» como éstos:

«Club Fomento Caza y Sociedad de Pescadores Liverpool prometen junta general dar caza «Corsario», como castigo y escarmiento.»

«Sociedad Protectora Animales Suecia niega apoyo y protección al «Corsario», autor terrible mortandad y estrago.»

«The Daily Post (Londres) agradecería retrato y autógrafo león «Corsario» para información extraordinaria.»

«Sociedad Howard Co. quiebra por causa indemnización Compañía Navegación Italiana.»

«Compañía Navegación Italiana quiebra por causa indemnizaciones familias víctimas catástrofe.»

Más perplejo cada vez el «Corsario», lleno de legítimo sentimiento por el denegado permiso de fondeo, recibía desolado aquellos partes, comprendiendo que estaba irremisiblemente condenado a navegación perpetua.

Estos nuevos radiogramas hubieran podido decidir su suerte:

«Circo Hutchinson (Chicago) ofrece «Corsario» veinte mil dólares treinta funciones exhibición Chicago y tournée principales ciudades Norteamérica.»

«Sociedad Dawing Edisson Phonograph ofrece seis mil dólares impresión discos rugidos león «Corsario».

Pero bien sabía él que no podría desembarcar sin sufrir la venganza de los hombres, que de mil modos y con mil amenazas le habían execrado.

Ni siquiera tenía el consuelo de vengarse de ellos. Sólo poseía el piróscapo un cañoncito en la popa para las salvas, incapaz de dar al proyectil un alcance mayor de doce metros.

Sólo sus hermanos, en un sentido radiograma firmado por el león de Breslau y los leones del Congreso de Madrid, le testimoniaban desde tierra su firme y cordial adhesión.

Estaba solo, abandonado, y le desesperaba la perspectiva de morir de hambre o de sed, de perecer ahogado o de ser pasto de los tiburones.

Nuevamente pensó en el suicidio, contemplando desde la borda el profundo Océano. Tan grandes pesadumbres le abrumaban y de tal modo pretendía alejarlas escupiendo sobre las olas, que tardó en advertir la presencia de un yate que avanzaba hacia el «Benedetto», ondeando una bandera blanca: paz.

Mucho le extrañó tal audacia; pero su perplejidad aumentó al ver descender un hombre desde el yate a una canoa que se pegó, a los pocos momentos, a un costado del piróscapo. El hombre, pequeño y calvo, de pie en la canoa y envuelto en un pesado «ranglán» gris, gritó:

—¡Eche usted una escala!

—¿Para qué?—preguntó el león, que no salía de su estupor.

—¡Para qué va a ser! ¡Para subir!

El «Corsario» hubiera creído que soñaba. ¿Aquel hombre estaría loco? Su locura debía de ser muy original.

Cuando se hallaron los dos frente a frente, sentados sobre la cubierta, el caballero encendió un puro y dijo:

—¿Usted no sabe quién soy?

—Indudablemente, señor mío, es usted un insensato. Su atrevimiento es asombroso. Yo puedo comérmele a usted ahora mismo, sin el menor inconveniente.

—Es posible.

—¡Ah! ¿Lo duda usted? ¿Cree que me importaría algo?

—No; no lo dudo. Pero usted no adelantaría nada con eso. ¡Si vendré yo confiado, que no traigo ni un simple revólver!

—¡Es inconcebible! ¡No he visto nunca una cosa parecida!

—No es extraño. Viene usted de la selva directamente... Un hombre de negocios no teme a nada.

—¡Ah! ¿Pero usted...?

—Yo vengo a hablar con usted de negocios.

—¿Conmigo? ¡Yo no quiero negocios! Tengo otras cosas en qué pensar.

—Pero desde luego usted tiene que pensar en su porvenir. No puede desperdiciar la ocasión de asegurarse un bonito porvenir como socio industrial en un estupendo negocio...

—¡Hable! Empiezo a sospechar que no me le comeré a usted.

—Pues bien. Yo soy el gerente de la The Importer Wood Society de New-York.

—Muy señor mío.

—Mi proposición es la siguiente: el «Benedetto» se estima hoy como desaparecido del mundo; los hombres no lo consideran ni lo reconocen, como no sea con la intención de causarle algún desperfecto, y, por lo tanto, no figura su nombre en la lista de la Compañía de Navegación Italiana, ¿no es cierto?

—Ciertísimo.

—Ahora bien; como los fletes, los gastos de importación, los impuestos y demás gabelas con que el Estado yanqui grava a los barcos de transporte matriculados son cada vez mayores, se presenta a la The Importer Wood Society una feliz ocasión de aprovechar un barco proscripto, sin el menor gasto de construcción ni de impuestos, para importar maderas del Brasil. Así dispondrá de un excelente vapor para el cargamento con el menor desembolso posible.

—¿Y si yo no quisiera aceptar esta proposición? ¿Qué gano yo con trabajar para usted o ceder mi barco?

—Sobre todo, usted puede ganarse el sustento, ¿me entiende? ¡el sustento! Ya no tiene usted que morir de hambre en medio del mar. Con cada envío recibirá usted, siempre que toque tierra, un importante surtido de alimentos. El trabajo es pequeñísimo. Nuestros empleados se encargarán de embarcar las maderas en el Brasil y de desembarcarlas clandestinamente en una playa de Norteamérica. Usted se limitará a poner en marcha el piróscapo, para lo que tiene excelentes condiciones.

—Bueno.

—¿Acepta usted?

—¡Acepto!

—Firmemos este contrato, en que se especifican las condiciones. Va duplicado. Firme usted en los dos. Así. ¡Ajá! No importa, se seca en seguida. Muchas gracias. Este para usted y éste para mí.

Se puso en pie el gerente de la The Importer Wood Society de New-York, y, volviéndose hacia el yate, sacó un pañuelo de varios colores y lo agitó en el aire.

—¿Qué hace usted?

—Ahora verá.

Como respondiendo a esta señal, apareció en la borda del yate un cajón atado con cadenas. Los marineros lo hicieron descender a una barcaza, que tomó rumbo directo hacia el piróscapo.

—Y eso ¿qué es?

—¡Ah! Eso es que yo estoy en todo. Dentro de ese cajón viene la leona «Mary», célebre en todos los Estados Unidos, que ha recorrido en el «Goliath Circus», con gran aplauso de los públicos, por su notable inteligencia. Baila el «one-steep» y hace encaje de bolillos. Tiene, por lo tanto, una excelente educación para aspirar a ser la compañera del «Corsario».

—¡Ah! ¿Es para mí?

—¡Naturalmente! ¿No le digo que estoy en todo? Serán ustedes muy felices. Tendrán una larga descendencia, nacida en el Océano. Serán ustedes los fundadores de una colonia marítima de leones, caso único en la Historia. Día llegará en que su raza cambie y sus nietos sean leones con cola de pez o algo así. Confío en que la Naturaleza responderá a esta necesidad para que sus descendientes puedan bañarse. Pero ¿qué es eso? ¿Se pone usted triste? ¿Piensa acaso ya en el porvenir de sus hijos? Es de esperar que les dé usted una excelente educación. Unos para fogoneros, otros para timoneles, otros...

—No; no es eso. No pienso en mis futuros hijos. Pienso en los otros, en los que he dejado en la selva..., en mi hermano...

—¡Oh! ¡Oh! Estos son romanticismos. ¡Quién sabe si ella se habrá consolado ya de su viudez con otro! Créame usted: la vida es una cosa muy complicada; pero para resolverla basta con no volver nunca la vista atrás. No hay como echarse a la espalda los días que pasan.

José LOPEZ RUBIO

NOTA.—No hace mucho tiempo, después de escrita esta novela, se dió el caso de entrar un barco, empujado por la corriente, en un puerto inglés, sin más tripulación que un perro. Los pasajeros habían perecido, víctimas de una terrible epidemia. El autor lo hace constar como nota de verosimilitud, aunque es decidido partidario de lo inverosímil.



LIBROS RECIBIDOS

Nómade, por Carranque de Ríos.—Primer vuelo lírico de un poeta de fibra; algo inseguro todavía, seducido por las nobles ansiedades revolucionarias que laten en toda vigorosa juventud; pero prometedor de altas cimas. Audaz en el pensamiento, valiente en las imágenes, con un hondo ritmo interior, los versos de Carranque de Ríos, de forma novísima, inquietos y rebeldes, tan pronto llenos de luz y de color, como vagos e imprecisos entre brumas de melancolía, revelan a un verdadero poeta.

x

La ruta aventurera de la cuarta salida, por Arturo Casanueva.—Este libro, escrito por un soldado que parece de aquellos gloriosos Tercios de Flandes, lleva un retrato del teniente coronel Millán Astray, con esta bella dedicatoria: «A mi legionario-poeta: Casanueva, la musa de la Legión es tuya.» *La ruta aventurera de la cuarta salida*, libro de actualidad, porque en sus páginas late vivo el problema de mayor importancia y trascendencia para España en el momento presente—Marruecos—, tiene un firme valor de permanencia, por la belleza del estilo, de colorido vibrante en las descripciones y la honda emoción que lo anima. Es la crónica de un soldado-poeta, hijo de Nuestra Señora la Aventura, en la que a veces hay madrigales escritos con sangre y rasgos de epopeya que terminan en una sonrisa.

x

Confesión de media noche, por Georges Duhamel.—Esta novela del famoso escritor francés, a cuya pluma se deben dos de los más hermosos libros que se hayan escrito sobre la gran tragedia de la guerra, es una obra de imponderable belleza. Federico González Rigabert, el culto escritor, ha hecho de esta obra una primorosa traducción, en la que, no sólo vierte con fidelidad absoluta en el más limpio castellano el original francés, sino que, gracias a una honda compenetración con el autor, realiza una adaptación íntegra del pensamiento y del espíritu de su libro.

x

Los cuentos de Andalucía, por Luis León Domínguez.—Cuentos populares y anecdóticos, notas de jácara, tipos, cuadros y escenas de la vida andaluza, en un animado desfile lleno de gracia y colorido, merced al espíritu de fina observación y al bello estilo de Luis León Domínguez, en cuyas narraciones, llenas de temperamento y de ingenio, vibra toda el alma luminosa de Andalucía.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

Acaba de aparecer

TINIEBLAS EN LAS CUMBRES

novela por

Ramón Pérez de Ayala

Precio: 5 pesetas.

He aquí un libro conceptuado por el ilustre Pérez Galdós como verdadera joya de la literatura picaresca. En *Tinieblas en las cumbres*, una de las obras maestras de la novela contemporánea, se reúne la gracia y agudeza de los antiguos clásicos y los italianos del Renacimiento que dejaron libros tan famosos en este género, y el admirable castellano que a través de la trama descriptiva, Pérez de Ayala en ésta, como en todas sus obras, imprime.

En todas las librerías y en las estaciones del ferrocarril.

Concesionario de venta:

Librería y Editorial RIVADENEYRA

Avenida de Peñalver, 8 y 10

LOS POETAS

Elogio de la Bella Ambigua

¡El verso vago de Verlaine, para cantarte!
No sé si eres bonita o sugestiva; sé
que es menester no verte jamás para no amarte:
tal es tu frágil gracia, tu brujo no sé qué.

Suscitará tu tránsito elogio en cualquier parte:
en París, un «charmante!», y en Sevilla, un «¡olé!»,
cruzando en una u otra metrópoli del Arte,
la calle de las Sierpes o la «rue de la Paix».

Arrogante amazona e ingenua colegiala,
tienes temblor de garra y palpitir de ala;
la Abulense y Claudina se unifican en ti.

Te ruboriza Rubens y lloras con Chopin;
amas el mundo y amas el cielo; eres así:
frívola y honda—como Renata de Maupérin.

Juan G. OLMEDILLA

«Como la flecha... Hacia mi destino»

Yo soy un hombre árido y melancólico y triste
que camina a empellones entre la multitud.
A mi impulso violento y tenaz nada existe
que oponga resistencia. Yo soy tal que un alud.

Alguien dice... Más, ¡bah!, estúpidamente
ser mi enemigo... ¡y no!
Yo lo declaro aquí ingenuamente:
que no tengo enemigos
porque no tengo amigos...
¡Pero me quiere una mujer y a otra la quiero yo!
Como la flecha voy hacia mi destino,
si no me rompo el cráneo en mitad del camino.

(Tengo para estar solo, como un poeta dijo,
un alma, algunos libros, una mujer y un hijo.)

Y soy un ambicioso,
porque no tengo suerte.
Sólo no tienen ambición:
el que llegó dichoso,
y el que espera la Muerte
como fin supremo de toda salvación.

Soy altivo y soberbio, afortunadamente.
Algo supersticioso y a veces indolente.
Admirador de Cristo, que perdona a María
como hombre lleno de humildad y de amor;
pero viendo un rival, con claridad de día
creo en Sócrates, nuestro señor;
que se murió pensando que el alma no moría.

El sentimiento no razona, ¿por qué?...
Nunca estoy tan seguro de mi instintivo acierto
que cuando no me someto a decir: ¡yo pequé.
Después de «confesar» todo, hombre es un muerto.

Amo a Castilla sobre todas las cosas.
Hoy, sobre su polvo, no hay tierras más hermosas
—me he dicho—que estas tierras...; y entonces, en mi cráneo
con un azul-negro surgió el Mediterráneo.

¡Salve, oh, Mar!
En ti poseo:
silencio para meditar;
soledad para amar...
¡Salve, oh, Castilla!,
que hecho estoy de tu arcilla.
En ti deseo:

Una ventana al campo y un tintero a mi vera.
El rojo-amarillo de un ocaso admirable...
¡Y así hasta que me muera,
sin que nadie me hable!

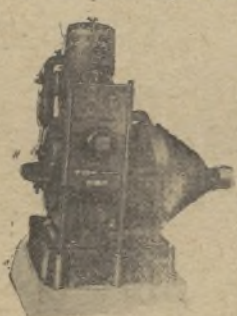
Eduardo M. DEL PORTILLO

Aplicaciones de la electricidad

En nuestro deseo de conocer los admirables progresos que en estos últimos tiempos se han llevado a cabo en la aplicación de la electricidad a los aparatos de uso doméstico, hemos visitado recientemente la exposición que de los mismos tiene la Sociedad Ibérica de Construcciones Eléctricas en su local de Barquillo, 19. Esta Sociedad es concesionaria de las patentes de la International General Electric Co. de Schenectady U. S. A. y de la C.^{ie} Française Thomson Houston, cuyas firmas, de renombre mundial en el ramo eléctrico, explican sobradamente la preferencia que en el orden industrial o doméstico disfruta la Sociedad Ibérica de Construcciones Eléctricas por cuantos necesitan adquirir máquinas o materiales eléctricos.



Aparte de la lámpara Mazda y de un importante stock de motores eléctricos «Thomson Houston», hemos visto en la citada exposición máquinas y aparatos que hasta la fecha puede decirse eran desconocidos por el gran público español, aun cuando gozaban en el Extranjero de la mayor popularidad. Tal, por ejemplo, el aspirador de polvo «Premiere»,



que permite hacer una limpieza absoluta de los suelos, alfombras, muebles, cortinas, librerías, etcétera, con una rapidez y escrupulosidad que nunca pudieron conseguirse con la escoba y el plumero, que no hacen otra cosa que

desplazar el polvo de sitio. Las máquinas de lavar y de planchar «Thor» y la de fregar vajillas «Walker», han venido a llenar una verdadera necesidad en estos tiempos en que de todos son conocidas las dificultades que presenta el servicio doméstico. La máquina de lavar ropa hace su labor con la más absoluta perfección, en condiciones higiénicas y con notable economía, tanto por su consumo mínimo de fluido, como por la mayor duración de la ropa. Las mismas observaciones son aplicables a la máquina de planchar, que reduce el trabajo de un día al de una hora de plancha. La máquina de fregar «Walker» está siendo cada vez más pedida, porque la economía que produce, evitando roturas, amortiza rápidamente su coste.

Para aquellos lugares en que no hay disponible energía eléctrica son insustituibles los grupos electrógenos «Home Light», con los cuales se puede obtener la comodidad insuperable de la luz eléctrica con un consumo insignificante de petróleo o gasolina, pudiéndose asimismo emplear para el accionamiento de pequeñas máquinas, merced a la polea de que van provistos.



Muy interesantes son también las electrobombas «Dayton» para tener agua a presión en cualquier parte, evitándose con ellas la necesidad del depósito alto, siempre costoso de instalar.

INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

El Banco Español, el único en España industrial y mercantil, constituido a base cooperativa y promotor de empresas:

Compra en total o en participación toda clase de negocios para desarrollarlos a base de sus elementos financieros y de cooperativismo. Los que tengáis alguna propiedad o industria que queráis explotar más ampliamente o de la que queráis desprenderos, bien en su totalidad, bien en parte, dirigiros hoy mismo, sin dejarlo para mañana, al Banco Español.

Va a montar sucursales en todas las principales poblaciones de España, y necesita promotores y directores para las mismas. Los que os creáis con personalidad, aptitudes y relaciones bastantes para poneros a su frente, dirigiros en seguida al Banco Español, pidiéndole antecedentes.

Va a enviar en breve agentes vendedores a América con muestrarios españoles para organizar allí el intercambio con España y recabar pedidos. Los que queráis aquellos mercados o fomentar vuestras ventas, tanto en el interior de España como en aquellas Repúblicas, dirigiros inmediatamente al Banco Español.

La correspondencia al Secretario del Banco

Avenida del Conde de Peñalver, 24 (Gran Vía)

y Caballero de Gracia, 23.—MADRID